

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Por Alfonso Reyes

Nació en Monterrey, capital de Nuevo León, el 18 de octubre de 1763, y murió en México el 3 de diciembre de 1827. Descendía por línea paterna de los duques de Granada y de los marqueses de Altamira, y por la materna, de los primeros conquistadores del Nuevo Reino de León. Comenzó sus estudios en su tierra natal, y a los diecisiete años —no sin vacilaciones— recibió, en la ciudad de México, el hábito de Santo Domingo. Siguió su carrera en el Colegio de Portaceli, recibió las órdenes menores de subdiácono y diácono, fue regente o maestro de estudios, y, al fin, habiendo profesado el sacerdocio, era lector de Filosofía del Convento de Santo Domingo, y doctor en Teología, a los veintisiete años, con fama de gran predicador. Predicó en las

honras fúnebres de Hernán Cortés (solemnidad anual del Ayuntamiento de México) en 8 de noviembre de 1794, y el 12 de diciembre del mismo año, a presencia de virrey y arzobispo, pronunció el célebre sermón sobre la Virgen de Guadalupe, de que arrancan sus infortunios. El arzobispo hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo, que poco a poco fue aprisionado y procesado; se retractó "por no poder sufrir más la prisión" y no contento el arzobispo, hizo publicar en las iglesias un edicto en su contra, y le desterró por diez años a la Península, con reclusión en el Convento de las Caldas, cerca de Santander, perpetua inhabilitación para enseñar, predicar y confesar, y privación del título de doctor. Conducido a Veracruz entre guardias, permanece enfermo de fiebre en la fortaleza de San Juan de Ulúa durante dos meses, y se hace a la mar en la fragata La Nueva Empresa, que llega a Cádiz en 1795. Encerrado en las Caldas, se fuga y es reaprehendido, y se le recluye en el Convento de San Pablo, de Burgos, hasta fines de 1796.

Va a Madrid, pidiendo justicia del Consejo de Indias; se le ordena pasar a un convento de Salamanca; se desvía en el camino, y, preso nuevamente, es encerrado en el Convento de Franciscanos de Burgos; de donde se escapa con fortuna y se refugia en Bayona, viernes de Dolores de 1801, visperas de la célebre disputa con los rabinos, de que da noticia en sus relatos. En Bayona conoció a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, el Libertador. De allí, a Burdeos y a París, donde conoció al historiador Alamán, y donde, asociado a Simón Rodríguez, abre una academia de español, para cuyos estudios tradujo, dice, la Atala, que fue impresa bajo el seudónimo de Rodríguez ("Samuel Robinsón"). ¿Sería la traducción en realidad obra de Mier o sería de Don Ramón Rodríguez?. Cierta disertación sobre Volney le atrae las gracias del gran vicario, quien le encomendó la parroquia de Santo Tomás, rue Files de Saint-Thomas, parroquia que hoy ya no existe. En 1802 parte para Roma, y el 6 de julio del siguiente año, el Papa le concede la secularización, con

algunos honores. A pesar de lo cual, vuelto a España, es reaprehendido en Madrid por una sátira que, en defensa de México, escribió contra el autor del Viajero Universal. Y es transportado a los Toribios de Sevilla en 1804, de donde escapa el 24 de junio, para ser reaprehendido en Cádiz y vuelto a su prisión. Se fuga y vive tres años en Portugal, donde Lugo, el cónsul español, lo hizo su secretario y donde recibe el nombramiento de prelado doméstico de Pío VII, por la conversión de dos rabinos. En 1809, cuando la guerra de independencia en España, Mier es cura castrense y capellán de batallón de voluntarios de Valencia. En Belchite, los franceses le hacen prisionero; se fuga, como era de esperar, y el general Black pide para él una recompensa de la Junta de Sevilla. En 1811 la Regencia de Cádiz le concede una pensión anual de 3,000 pesos sobre la mitra de México, que no le es posible aceptar por ciertas incompatibilidades. Parte a Londres, conocido el levantamiento de Hidalgo, para propagar la idea de la independencia mexicana. Su

estancia en Londres es otro de los momentos capitales de su vida: allí se comunica con Blanco White, espíritu de mayor alcance, aunque hombre de menor eficacia; allí conoció tal vez a Mina el Mozo, y entre los refugiados de España pudo ejercer ese dominio de los hombres que han probado la suerte. El persuadió a Mina, él le acompaña en su expedición de 1817, y queda preso de los realistas en la rendición de Soto la Marina. Son poco leídas las memorias de W. D. Robinson. De ellas tomo la descripción siguiente:

Fueron llevados (los prisioneros) a Veracruz por el largo rodeo de Pachuca, a veinticinco leguas de la ciudad de México. Aunque iban a caballo, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de alimentos sanos y el calor bochornoso les produjeron enfermedades y una extraordinaria debilidad. Algunos se desmayaban en el camino, y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedían la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño y, al

fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino una escasa ración de malísimo alimento, que apenas podía sostener la vida. Siguióse a esto una debilidad mortal, y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido, si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes.

Mier, conducido a la capital, sufrió una caída y se fracturó el brazo derecho. En México le esperaban los calabozos de la Inquisición; "ocurrencia notable — escribe el general Tornel—, porque fue, sin duda, el primer religioso dominico que los habitó". El 20 de mayo de 1820, al disolverse la Inquisición, no habían dado fin al proceso de Mier, quien, señalado como enemigo peligroso, fue enviado a España en el mes de julio y embarcado en diciembre. Pero no podía faltar a su hado, y en La Habana logró fugarse, pasando a los Estados Unidos, donde permaneció hasta el mes de febrero de 1822. México era ya indepen-

diente. La suerte de Mier quiso que éste, de regreso a México, todavía cayera en poder del general Dávila, en San Juan de Ulúa, de donde al fin pudo sacarlo el primer Congreso Constituyente. Mier era diputado por su Estado natal. Cuando, en junio logra llegar a México, Iturbide se había declarado emperador. Mier en audiencia personal, censura su conducta. El 28 de agosto es aprisionado con otros diputados, sospechosos de conspiración contra el imperio. El 11 de febrero de 1823 lo liberta la sublevación republicana. El 13 de diciembre de 1823 pronuncia en el Congreso su discurso "de las profecías", en que mantiene la necesidad de un Gobierno republicano central, o al menos de federalismo templado(2). El primer Presidente, Guadalupe Victoria, le da alojamiento en el Palacio Nacional, y vive en adelante de la pensión del Estado. "El Presidente Victoria — cuenta Tornel— escuchaba con mucha paciencia sus impertinencias" (3).

La vida de fray Servando aparece bajo una luz fantástica. Su muerte tam-

bién. El 15 de noviembre de 1827, seguro de su próxima muerte, convida personalmente a sus amigos para el Viático, que recibiría al día siguiente. El Viático le fue llevado entre honores militares, colegios y comunidades y multitudes de pueblo. Ofició el Ministro de justicia Ramos Arizpe, y Mier tuvo todavía tiempo de hacer un discurso en defensa de su vida. Estos hombres simbólicos, como Mier, como Blanco White, como Newman, en quienes —en una o en otra forma— se opera la crisis de las nuevas ideas, escriben siempre apologías de su vida, y mueren con la inaplacable angustia de no haber sido bien comprendidos. Mier falleció el 3 de diciembre, a las cinco y media de la tarde. El general Bravo, Vicepresidente de la República, presidió su duelo.

La Epoca

En tres períodos puede dividirse la vida de fray Servando, claramente deslindados por la larga ausencia de su patria.

1. Hasta 1795 es, en México, un pre-

cursor de la independencia, y entonces, como define Mora con su claridad habitual, “salió desterrado de su patria por haber procurado destruir, aunque no por el camino más acertado, el título más fuerte que en aquella época tenían los españoles para la posesión de estos países, a saber: la predicación del Evangelio”. Su ansia de independencia, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en un extraño simbolo teológico, que hoy puede parecernos risible; que tiene —léase atentamente su apología— toda la traza de una feliz ocurrencia aceptada a última hora para improvisar un discurso original, y que, sin embargo, se apoderará de su espíritu hasta la muerte: “La Virgen de Guadalupe —mantiene Mier— había tenido culto en el cerro del Tepeyac, desde antes de la conquista, cuando Santo Tomás apóstol, bajo el nombre de Quetzalcóatl, predicó en México el Evangelio; la Virgen no está pintada en la capa del indio Juan Diego, sino en la de Santo Tomás” (4).

Un día se emancipan las colonias. El sentido nacional es de creación interna, pero recibe también orientaciones de fuera. La gran revolución europea y la emancipación de los Estados Unidos aclararon las ansias de los americanos. Quien recorra la historia de nuestras revoluciones, desde el pronunciamiento de Cortés con que da comienzo la conquista, hasta las últimas persecuciones de extranjeros, inevitables en toda turbulencia civil, ve crecer, rectificándose y torciéndose, la idea nacional, como se miran correr las aguas de un río. Por la época en que abre los ojos fray Servando, la nebulosa comienza a resolverse. La expulsión de los jesuitas (1767), como todo remedio desesperado, causa mucho daño. Con ella se corta esa tradición retórico-humanística que vio nacer el siglo XVII, y cuyas principales figuras son Abad y Alegre. Pero, sobre todo, ya es posible una revolución, porque ya son varias las clases descontentas; ya hay quien dirija y quien ejecute: la población blanca mexicana se ha diferenciado de la española y prohija las reclama-

ciones del indio. Hay extrañas conspiraciones, cuyos pormenores se pierden en el dédalo de la administración colonial, e incongruentes estallidos de cólera: "La irritación y el furor sin saber por qué —escribe Mora— y en todas partes el lúgubre y terrible grito de mueran, mueran". Los descontentos contaban ahora con un aliado poderoso: el clero. El clero, a quien en Europa ya era posible desdeñar, pero no todavía en América. Y Carlos III no lo sabía. No era extraño que en la clase sacerdotal se educasen hombres como Mier y como Talamantes. En 1783, el conde de Aranda considera inminente la independencia de la América española, y la aconseja al monarca. En 1786, el virrey Gálvez observa una política ambigua y acaso separatista. La ingenua conspiración de los machetes debe interpretarse como un síntoma: desde el clero y la población blanca hasta el más oscuro proletario, todos quieren sublevarse, aun cuando no sepan bien lo que quieren. El día que las combinaciones de la política napoleónica sugieren el pretexto de ofre-

cer a Fernando VII un reino sin “mancha constitucional”, el día en que un sacerdote congrega a vuelo de campana a la plebe hambrienta, se desata la guerra.

2. En el segundo período de su vida, es fray Servando un desterrado. Como el Bolívar de Montalvo, este hijo del Nuevo Mundo corría la Europa poseído de una indefinible inquietud: “De ciudad en ciudad, de gente en gente; ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa y vuelve, y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino”. Su impulso revolucionario se rectifica y se depura en el ambiente europeo; nuevos sufrimientos fertilizan su mente; contempla a su patria desde lejos —que es una manera de abarcarla mejor—, y a la intensa atmósfera de Londres saca nuevos rayos de su voluntad. Es la época de las Cortes de Cádiz, es la época de Blanco White, cuya vida es una enseñanza y un reflejo vivo de los tiempos: su alma —dice de éste un biógrafo inglés— era el campo en que el escepticismo y la fe libraban sus eter-

nos combates. Viven los hombres de esta edad en una como perpetua crisis. Afortunados los que, como fray Servando, hallaron en la previsión de la patria una ley a cuya virtud sujetar las inarmonías y contradicciones de la suerte.

Entre tanto, en México cunde la revolución. Las ideas de soberanía nacional emigran desde Cádiz, cuando ya hasta las clases más ricas, que son las más conservadoras, están en abierta competencia con el elemento español. Los últimos virreyes se escabullen entre compromisos y aprietos, y poco a poco el Acuerdo de oidores se hace representante de la idea española, y en el Ayuntamiento de México se incorpora la idea de emancipación. Y aquí la triste historia del Licenciado Verdad. Cuando estalla la guerra definitiva, durante medio año se la puede seguir con facilidad, porque es continua y organizada. Después brilla como fuego fatuo, aparece y desaparece por mil partes a un tiempo; a veces se dijera que la han sofocado para siempre. Uno de esos fuegos fue la rápida e infortunada expedición de Mi-

na, con la que volvió a su suelo el P. Mier. Y sólo la tenacidad de Guerrero, metido en sus montañas del Sur, parece una llama perenne. Cuando el fuerte brazo de Guerrero se gobierne por la inteligencia de Iturbide, la independencia quedará consumada.

3. Por diez años quiso desterrarle de México el arzobispo Núñez de Haro, y por más de veinte le desterró su fortuna. Su vuelta a México coincide casi con la consumación de la independencia. Mier representa entonces las primeras vacilaciones de la era constitucional. El, tan entusiasta, tan arrebatado, al parecer, da una nota de gravedad, de templanza, huye del error imperialista y también se aleja de los desenfrenos de la anarquía. A los que proponen desde luego la fórmula federal, les contesta con una claridad campesina que desconcertaba al crítico Pimentel: "Háganse bajar cien hombres de las galerías, pregúnteseles qué casta de animal es la república federada y doy mi pescuezo si no responden treinta mil desatinos". Y añade, refiriéndose a los Estados Unidos:

La prosperidad de esta vecina república ha sido y está siendo el disparador de nuestras Américas, porque no se ha ponderado bastante la inmensa distancia que media entre ellos y nosotros. Ellos eran ya Estados separados e independientes unos de otros, y se federaron para unirse contra la oposición de Inglaterra; federarnos nosotros, estando unidos, es dividirnos y atraernos los males que ellos procuraron remediar con esa federación.

La gran locura y la gran cordura suelen avenirse paradójicamente: el predicador del 12 de diciembre es el orador del discurso de las profecías. Su muerte señala el comienzo de una larga convulsión nacional.

Pero la opinión popular es un hecho como cualquier otro. Taine —que ha envejecido tanto— decía que un pueblo puede declararse por la forma de gobierno que más le agrada, pero no por la que más le conviene. Y ¿qué valor concederemos entonces al hecho político, innegable, de la preferencia popular?. Los jacobinos, como ya les llamaba

Mier, tenían también sus buenas razones. Estaba en lo justo Lorenzo de Zavala: la opinión general del país pedía federación.

—Pero, ¿qué casta de animal es la república federada?

De mitologías como ésta, oh, fray Servando, se trama la vida política de los pueblos.

El Recuerdo de Fray Servando

Más de sesenta años vivió Mier, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Para uno de los biógrafos, en bellas páginas que le dedica, la “inadaptación” del P. Mier comienza con los votos. “Para él —dice otro biógrafo— los votos eran impracticables, las tentaciones muchas..”

El Dr. Mora toca en lo vivo cuando dice que las persecuciones no sólo las sufrió con resignación y constancia, sino también con alegría. Algo como una alegría mística le acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir. Es ligero y frágil como un pájaro, y ofrece esa fuerza de levitación que creen en-

contrar en el santo los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con maestría de fantasma, y algo de magia parece flotar por toda su historia. Más de una vez el lector teme ser víctima de una mixtificación. Y eso acontece con los hombres de naturaleza elocuente: ¡se mueven con tanta agilidad, piensan tan de prisa, hablan y escriben tan fácilmente! Por eso el P. Mier descubría siempre la hora inaplazable de la fuga; por eso se asimila al instante lo que lee y lo que oye; por eso se compromete tan sin reparo; finalmente, por eso es un escritor ameno. ¡Qué inmenso caudal de alegría para conservar el gusto de escribir, tras el aburrimiento de las prisiones y los sobresaltos de la fuga! Pero es ley de nuestra lengua que la cárcel hace los buenos libros.

Y para que se vea lo contradictorio del hombre, recuérdese que W. D. Robinson habla de “su natural timidez”: ¡él, que era capaz de revolver una sinagoga! Recuérdese que Bustamante le pinta como hombre fácil de engañar:

¡él, que era tan malicioso a veces! “Soy también sencillo —dice Mier—; me ha cabido esta pensión de los grandes ingenios, aunque yo no lo tenga”.

Bustamante, historiador ligero, suele ser testigo divertido. “El único crimen que había en Mier —dice— es fugarse, y éste lo era personalísimo e incomunicable a otros”. Cuando Iturbide quiere hacerse ungir:

El Padre Mier, para quitarle de la cabeza tan ridícula pretensión, le dijo que los ingleses habían hecho una caricatura en que pintaron a Pío VII ungiendo a Bonaparte, en actitud de mojar el hisopo en aceite; pero quien servía la ánfora era el diablo, y se leía en el vaso de óleo este letrero: Vinagre de los cuatro ladrones; más nada de esto bastó: él se hizo ungir.

Más tarde (11 de febrero de 1823): “El P. Mier charla en la Inquisición como una cotorra. Cuando se le dijo que de orden de Su Majestad Imperial estaba comunicable, respondió: Dígale usted que ya sé todo lo que ha pasado; que se vaya al cuerno, que eso se llama

tener miedo”. Otra vez el P. Mier se opone a que llamen Regencia a cierta Junta de gobierno, “porque ni había rey, ni permitiera Dios que lo hubiese”. El 10. de abril de 1823, exclama Bustamante con satisfacción: “Ya tenemos Gobierno”. Y continúa: “Yo vi correr dos hilos de los ojos del P. Mier; tal escena me trastornó y me hizo recordar los torrentes que ha derramado este anciano venerable, por la gloria y libertad de un pueblo que tan justamente le adora”.

Con esta naturaleza sensible y contradictoria y esa vivacidad excesiva, el P. Mier habría sido un estafalario, si las persecuciones no lo hubieran engrandecido, y la fe en la patria no lo hubiera orientado.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su “voz de plata” de que nos hablan los contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor, padrino de la libertad y abuelo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sen-

tirse preso en la residencia presidencial, y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas. Y de cuando en cuando, al acordarse de sus pasadas luchas, que eran la imagen de la patria, temblarían en sus mejillas dos hilos de lágrimas.

En la Historia de nuestras letras es tan señalado como en nuestra historia política. Su tierra natal no ha producido hombre más notable. En los buenos tiempos del doctor González, el Estado de Nuevo León conservaba todavía la imprenta de fray Servando.

(1) V. algunos párrafos en F. Pimentel, *Obras Completas*, V., México, 1904; 467 y sigs.

(2) *México a través de los siglos*, IV, 170 b.

(3) Sobre los orígenes de esta tradición consúltese J. García Icazbalceta: *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de México... al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos*, 1883; publicada en México, 1896.

Tomado de Suplemento de Siempre!. No. 94, México, 4 de Dic. de 1963, p. VI y VII.

LA FAMILIA MIER

Por José Eleuterio González

No fueron en lo antiguo los títulos de nobleza más que instrumentos de que se valieron gobiernos hábiles y buenos concededores del corazón humano para explotar la vanidad y soberbia de los hombres, haciendo que estas pasiones ruines llegaran a producir heroicas acciones en bien de la patria y de la humanidad. Hoy la razón filosófica condena justamente las quiméricas distinciones de la alcurnia, de la misma manera que condena la vanidad y soberbia de los hombres; pero como éstos no han dejado por eso de ser tan vanidosos y soberbios como sus mayores, aprecian tanto como apreciaban ellos la distinción y nobleza de su origen, aunque estén bien persuadidos de lo insustancial